

Puerto Rico

TERRORISMO CONTRA "CLARIDAD"

Un nuevo episodio en la lucha de Puerto Rico por la independencia: un atentado terrorista contra el periódico «Claridad», órgano del movimiento pro independencia, cuyo secretario general es Juan Mari Bras. Dos bombas incendiarias hicieron explosión dentro del edificio de «Claridad» y causaron daños por valor de 25.000 dólares. El director del periódico, Norman Pietri, ha dado una conferencia de prensa explicando que el acto es puramente político: «No tenemos otros enemigos que los políticos, puesto que

no tenemos competidores, porque toda la prensa del país está en manos de los norteamericanos». Las campañas de «Claridad» en los últimos tiempos se referían a la abolición del servicio militar obligatorio —los portorriqueños están incluidos en el servicio militar de los Estados Unidos, y muchos de ellos son llevados a combatir al Vietnam—, la lucha contra la venta de las emisoras de radio al gobierno norteamericano y denuncias de corrupción en la administración pública.

PASAPORTES PARA EL INFIERNO

Durante más de veinte años, el «telón de acero» fue, desde la óptica media española, el muro de un inmenso infierno. El anticomunismo consiguió suplantarse la lucha política por una especie de discriminación biológica —¿no reflejan, todavía, los partes de guerra del Vietnam un criterio higiénico cada vez que anuncian «operaciones de limpieza» o aniquilación de guerrillas comunistas?—, viniendo a ser el «telón» la línea que nos separaba a nosotros, los seres normales y sanos, de los otros, los enfermos y esclavizados. El muro berlinés y la historia de los que murieron por querer burlar a la policía fronteriza —tema sabidamente explotado por la propa-

ganda norteamericana—, contribuía decisivamente a imaginar todo el «telón de acero» como una especie de gran alambrada que separa el Mundo Libre del Terror Rojo.

Como cabía imaginar, aunque España renunció a seguir un campeonato la primera vez que le tocó a su equipo de fútbol jugar un doble partido contra la selección de la U. R. S. S. —si no recuerdo mal, se propuso el partido único en cualquier país occidental—, fue el deporte el que primero cruzó el terrible «telón». Luego, poco a poco, se fue aceptando el que ciertos seres privilegiados, probados los fines del viaje y provistos de un pasaporte especial, pudiese viajar a los paí-



La plaza Sebasteusz, de Budapest.

Crónicas de la Era Lunar

Por PABLO DE LA HIGUERA

GATO ENCERRADO

¡Cuidado con la maxifalda! Este grito de alarma ha sido lanzado por la Policía de Minneapolis, Estado de Minnesota, USA. ¿Qué pasa con la maxifalda?, se preguntarán nuestras lectoras un tantillo escamadas. ¿Es que una no va a poder vestirse ni con mini, ni con maxi, ni de ninguna manera? ¿Por qué los celosos guardadores del orden tienen que poner pegajos siempre? Para algunos de estos severos vigías la minifalda era inmoral. ¿Qué pasa ahora con la maxi? ¿La maxi también?

También. Es decir, inmoral, pero de otra manera. La maxifalda, por lo visto, favorece los robos y el tráfico ilegal de mercancías. Se ha caldo en la cuenta, de repente —y los chicos de Minnesota han sido los primeros—, que debajo de la maxifalda una mujer puede esconder mucho tomate. Desde el tomate propiamente dicho (y hurtado en un supermercado) hasta un cargamento regular de marihuana, pasando por algún que otro cofrecito de joyas. Es curioso que a mí no me hayan asaltado estas sospechas cuando vi este invierno en París la primera maxifalda. Creo que era, en realidad, un maxiabrigo, un enorme trasto que le llegaba a la portadora hasta los pies, circunstancia que casi impedía andar a la desventurada señora. Poco al tanto de estas cuestiones de la moda, mi primera reacción fue acercarme a ella con gesto compasivo y darle cincuenta céntimos. Luego resultó que vestía en Christian Dior.

Reconozco que la desconfianza de los policías de Minnesota está más justificada que mi compasión. Una mujer, en efecto, es un sujeto que siempre ha infundido muchísimas sospechas. En los tiempos del fru-fru y del pistoletazo romántico las hermosas no vacilaban en utilizar los más recónditos lugares de su anatomía para esconder secretas misivas y algún que otro puñalito de Damasco. En la liga de la Mata-Hari palpitaba el destino de grandes personajes y personajesillos de la guerra del calor.

Poco a poco, la mujer fue eliminando o acortando trapitos, revelando así su intramundo secreto. La minifalda puso fin al misterio de la liga traicionera. Pero antes había inventado el bolso, el enigmático bolso negro, de dimensiones inquietantes, a todas luces exageradas para llevar una barra de labios y un espejito. Estaba claro que allí había gato encerrado. Pero jamás mano de varón —ni siquiera de policía de Minnesota— osó aventurarse en el pozo de misterios insondables que es un bolso de mujer.

Ahora ya no le basta la liga, el corpiño y el bolso para intrigarnos. Ahora se viste hasta los pies... y vaya usted a saber lo que hay debajo. La minifalda era femenina por lo que enseñaba y por lo que dejaba adivinar. La maxifalda es aún más femenina, porque, sin enseñar absolutamente nada, permite imaginarlo todo, hasta el tenebroso mundo de la mafia escondido bajo sus pliegues.

ses socialistas. La excitación que producían las primeras películas soviéticas —recuerdo que en un cine de París proyectaban algo así como un «Viaje por la U. R. S. S.» en cine-rama, al que iban todos los españoles que llegaban a la capital francesa con la emoción que da lo prohibido—, el sentimiento automático de clandestinidad que provocaba cualquier contacto con las manifestaciones del mundo del Este, fue disminuyendo poco a poco. En un Festival Cinematográfico de San Sebastián, ojos que se han de comer la tierra vieron un día la bandera roja, con la hoz y el martillo, y a la correspondiente delegación de actores soviéticos, presididos nada menos que por Cherkasov, el mayor artista del Pueblo, y, según anunció

temblorosamente Mario Cabré, Premio Lenin o Stalin, que, para el caso, es lo mismo.

Los contactos fueron aumentando, y el hombre medio fue advirtiendo, no sin cierto estupor, que las gentes del Este no eran como las pintaban las películas norteamericanas y alguna que otra obra teatral española. Un partido de fútbol España-U. R. S. S., celebrado en Madrid, con el Campeonato de Europa en juego y el consiguiente protocolo informativo, mostró públicamente que se había exagerado bastante y que los rusos eran, biológicamente hablando, más o menos como nosotros. El prestigio mítico del «telón» sufrió un rudo golpe.

La invasión de Checoslovaquia por las fuerzas del Pacto de Varso-

via, tan lamentable como explotada por los enemigos del socialismo, reavivó los viejos esquemas. Recuerdo que por entonces yo debía ir a Hungría a ver cine y teatro, sin que me decidiera a hacerlo a la vista de la santa indignación con que me habló el único funcionario a quien me atreví a manifestarle mi propósito. A mí, desde luego, me parecía que, siendo comunistas los hombres de la primavera de Praga, no acababan de ligar las argumentaciones tradicionales contra el comunismo con la solidaridad con Dubcek.

Pero dejemos ahora esa cuestión. Lo cierto es que, dos años después de considerarse un crimen el querer ir a Hungría, nuestros nuevos pasaportes nos permiten hacerlo de un modo regular. Y lo mismo sucede al que quiera ir a Polonia o a Rumania, los otros dos países «vulnerables» del mundo socialista.

Dentro de poco, a medida que las nuevas relaciones comerciales y los contactos culturales aumenten —hay ya anunciado, por ejemplo, un ciclo oficial de cine rumano en Madrid—, el ir a esos países dejará de ser una enfermiza avertura. Y las gentes podrán ver, y hasta quizá contar a su vuelta, cómo se vive allí y qué cosas tienen o no tienen que les diferencian de los españoles de los años setenta.

Al margen de cualesquiera otras consideraciones, es consolador pensar que los argumentos que incomunicaban los dos bloques están siendo debilitados. Hasta el día en que no hagan falta los pasaportes en absoluto, esto de que sirvan para ir a más lugares es siempre positivo. Máxime si ello nos permite comparar la realidad con las infernales deformaciones... ■ J. M.

"Contestación" en Madrid

PIANO-PHASE PARA UN ATENTADO

Mi-Fa sostenido-Si-Do sostenido-Re-Fa sostenido-Mi-Do sostenido-Si-Fa sostenido-Re-Do sostenido.

Son las siete de la tarde del lu-

nes 9 de marzo en el salón de actos del Instituto Francés de Madrid. El pianista Carlos Santos está sentado frente al gran cola sin moverse

mientras se escuchan las notas de la partitura *Piano-Phase*, de Steve Reich, en la cinta magnetofónica, junto al piano. Hay un silencio total en el público «selecto» que llena la sala para escuchar, con ese aire minoritario y trascendente de los asiduos filarmónicos («esto no es para todo el mundo»), el concierto organizado por el Grupo ALEA que dirige Luis de Pablo. Tras la pieza de Reich, se anuncian en el programa *Sequenza IV*, de Luciano Berio y el estreno en España de *Movll II*, de Luis de Pablo, concierto para dos pianistas en un solo piano.

Mientras tanto, un grupo de «underground» barceloneses, que han llegado a c o m p a ñ a n d o a Carlos Santos, provistos de cámaras cinematográficas, toman planos del pianista inmóvil. Hacia las ocho menos cuarto, tras quince minutos de incansable repetición del tema de cinco notas, sin variación alguna, Carlos Santos pone las manos en el teclado y repite una vez más:

Mi-Fa sostenido-Si-Do sostenido-Re-Fa sostenido...

Retrasándose y adelantándose respecto de su propia interpretación en la cinta, que sigue tocando, el pianista inicia levisimas variaciones del tema, que, sin embargo, sigue repiqueando, monótono, en los oídos del público.

Son las ocho. La gente empieza a moverse en los asientos. Los cámaras han encendido ahora las luces que enfocan la sala y filman los rostros inquisitivos de los asistentes.

—Vamos a salir en la «tele» —dice una señora.

—A este paso no habrá tiempo para el concierto de Luis de Pablo —murmura un caballero.

El pianista francés, blanco y espiritual, asoma de cuando en cuando la cabeza por la puerta de los camerinos. Ha llegado de París en avión, ex profeso para este concierto, y se está dando cuenta de que no podrá tocar.

Las ocho y media. Carlos Santos lleva una hora en el escenario. La gente se impacienta. Algunos sacan un libro del bolsillo, otros dibujan en el reverso del programa. Frases a media voz: «¿Estará en trance?», «Yo creo que a las nueve terminará», «Pues a mí me parece que está decidido a quedarse hasta que le echen», «Je crains une réaction violente».

Mi-Fa sostenido-Si-Do sostenido...

Una señora le dice a su acompañante: «Ofréceselo a Dios, María».

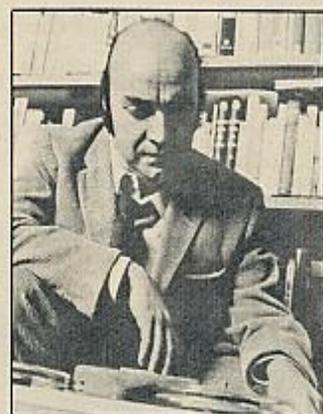
Se levanta en estas un muchacho del público y, colocándose al lado de Carlos Santos, empieza a aporrear las notas del piano. «¡Piscopáta!», grita uno desde atrás. Se desvanece el sentido reverencial de la buena música. La gente se pone en pie, deambula por la sala. Algunos se marchan. No muchos. Quieren ver cómo termina aquello. Frases a voz en grito: «¡Un atentado! ¡Un verdadero atentado!». Cuando una anciana, confusa, abandona la sala, alguien le dice: «¿No le gusta a usted, señora?» (risas). Pequeño diá-

logo de centralistas: «¡Catalán tenía que ser el pianista!». "No es catalán, es de Castellón". "¡Peor!". Isabel Martínez, la secretaria de ALEA, va de un lado a otro de la sala, perdida: «¿Qué sofoco!». Un gamberro: «¿Quién se viene a tomar un vino?».

Las nueve.

Se han levantado dos muchachos para ir a aporrear a su vez el piano a ambos lados de Carlos Santos. «¡Qué vandalismo!», oigo decir. El pianista, es conveniente aclararlo, no improvisa nada. La pieza de Steve Reich es así, una pieza sin fin, aunque estaba previsto que se terminara con tiempo suficiente para que el pianista francés pudiera interpretar la *Sequenza IV* y ambos pianistas el concierto a cuatro manos, estreno en España, de Luis de Pablo.

Mi-Fa sostenido-Si-Do sostenido... Por fin, a la hora y tres cuartos, es decir, hacia las nueve y cuarto, se levanta un joven con barbita. Cruza la sala a grandes pasos en dirección al piano y cierra violentamente la tapa. Así termina el concierto. Un coro de contestatarios



grita: «¡Bis, Bis!». Los cámaras «underground» filman la confusión de la sala. Luis de Pablo, descompuesto, en el pasillo de los camerinos, se encara con Carlos Santos, le afea la conducta. El *Movll II* del reputado compositor español se queda sin estrenar. El crítico Fernández Cid murmura: «Intolerable, intolerable». Entran los contestatarios musicales madrileños a felicitar al intérprete terrorista de Castellón. El pianista francés, blanco y espiritual, dice que no se marcha sin tocar la *Sequenza*. Luis de Pablo sale al escenario y pide al público que se quede un rato más. La pieza de música concreta suena a Chopin después de la «contestación» de Carlos Santos, después de la *Piano-Phase* para un atentado, que golpeó los oídos de los asistentes durante casi dos horas en el salón de actos del Instituto Francés de Madrid:

Mi-Fa sostenido-Si-Do sostenido-Re-Fa sostenido... ■ LUIS CARANDELL.



¿UN PODER ROJO?

La palabra "power" se une, en los Estados Unidos, de una manera casi inconsciente, a la palabra "black". El "poder negro" salta cada día a las columnas de la prensa. Después llegaron las fuertes manifestaciones feministas. Era el "Women Power". Y ahora suena otro poder; es el "Rep Power", el poder rojo, que esta vez no hace referencia a los comunistas,

sino a los indios. La ocupación de Alcatraz fue un índice.

Los indios forman hoy una comunidad que cuenta con un millón seiscientos mil miembros. No demasiados, se dirá. Cierto. Pero hay que tener en cuenta su natalidad (factor que, igualmente, influye en el problema negro). El índice de natalidad es dos veces y media superior al de los blancos. Las condiciones sociales en que vive este grupo étnico son lamentables: la esperanza de vida de un indio es de sólo cuarenta y cuatro años, mientras que la de un blanco norteamericano es de setenta y uno. Los niños indios tienen un periodo de escolaridad que es cinco veces menor que el de los negros o los mexicanos, por citar dos grupos que salen muy mal parados en los Estados Unidos. Hay reservas que tienen un ochenta por ciento de parados. El número de suicidios es tres y, en ocasiones, diez veces mayor que entre los blancos. El alcoholismo es una plaga de las reservas; en una de cuatro mil seiscientos adultos, el cuarenta y cuatro por ciento de los hombres y el veintinueve de las mujeres fueron detenidos por lo menos una vez en tres años. El alcoholismo es una consecuencia de la desesperación en que viven...